

EL CANTO DEL AVE DEL PARAISO.

*"Quoniam mille anni ante oculos tuos,
tquam dies hesterni qua praterit."*

*"Porque mil años son ante tus ojos
como el día de ayer que ya pasó."*

SALMO LXXXIX, v. 4.

I

Los monasterios antes de la reforma.—

El hermano Alfeo.

¡ Augusta antigüedad ! ¡ Serenos días
En que su acento la impiedad no alzaba !
De la Germania en los inmensos bosques
O en el centro de fértil eminencia,
Santo refugio de las almas pías,
Do quiera un monasterio se elevaba
Dando abrigo al dolor, pasto á la ciencia.
Las inocentes pasajeras aves
Sobre la cruz del campanario altivo
El vagaroso vuelo suspendian,
Y sus trinos suaves

Desde la celda silenciosa oían,
Dados á la oracion, los monjes graves.

Cerca de Olmutz con ellos vive Alfeo:
De alma sencilla y corazon ardiente,
Ahogó temprano el terrenal deseo
De amor y gloria, y en el claustro frío,
Por alcanzar el cielo, penitente
Entró de su existencia en el estío.
Tal vez allí le persiguió importuna
La memoria, poniendo ante sus ojos
Sus faltas juveniles una á una;
Mas el estudio y la oracion vinieron
Nueva ayuda á prestar al monje santo,
Y el tiempo su carrera siguió en tanto
Y sus cabellos blancos se pusieron.
Y entonces, viendo el tentador dañino
Que sus antiguas armas, embotadas,
Herir no pueden la virtud del monje
De afectos terrenales ya desnuda,
Se apoderó de su ánimo sencillo,
De la fe pura oscurecióle el brillo,
Lanzóle en los abismos de la duda.

¡Adios los bellos apacibles dias
En que, al templado rayo de la aurora
O de la tarde en la serena calma,
Las cumbres eminentes, las sombrías

Grutas, la fuente límpida y sonora,
Llena de paz y regocijo el alma,
Ha visitado Alfeo
Elevando su espíritu, á la vista
De maravilla tanta
Sobre las alas de inmortal deseo!
Si por el bosque vaga, le conturba
El susurro del viento entre las hojas:
Quiere huir de sí mismó
Y, acosado de inútiles congojas,
Ve siempre ante sus ojos un abismo.
La nave de su espíritu ligera
Perdió el áncora santa
Que fija en el Señor la mantuviera;
Suelta discurre, el vendaval azota
Con furia sus costados,
Y por lóbregos mares irritados
Cual pluma va, desmantelada y rota.

Empero la purísima centella
Que escondida en su sér quedado habia,
Fué en sus tinieblas la benigna estrella
Que iluminó la abandonada via.
Volvió á su Dios el alma
Y acató sus designios reverente:
Vana llamó la ciencia y en el polvo
Humilló en su dolor la calva frente.
Recorre á la oracion y prosternado

Al pié de los altares, ve cuál huyen
 La noche, el alba tarda,
 Y en el mismo lugar la noche aguarda.
 El tentador en sus ataques cede:
 Ya la inquietud del monje se limita;
 Sabe que Dios tranquilizarle puede,
 Que su misericordia es infinita.

II

Dudas y temores de Alfeo.—Escursion matinal.

“Si es condicion de nuestro sér mezquino
 La variedad en todo; si lo bello
 Pierde su encanto á la cansada vista;
 Si no hay afecto noble y peregrino
 Que de los años á la accion resista;
 Si hostiga cuando suena de continuo
 Música dulce que el oído halaga,
 Y el sazonado y oloroso fruto
 Que el árbol de mi huerto da en tributo,
 A fuerza de gustarlo me empalaga;
 Si es condicion de nuestro sér—repito—
 La variedad en todo, ¿es dado acaso
 Gustar siempre la dicha que en el cielo
 Se nos dará por término infinito,
 Sol que brilla y que nunca tiene ocaso?”

Esto el hermano Alfeo
 A solas meditando se decia,
 Y su turbado espíritu añadia:
 “No es posible gozar la dicha eterna
 Pues que de cambios solo el alma vive;
 Mas de esa dicha la promesa santa
 Que constancia y valor al justo inspira
 ¿No se habrá de cumplir? ¿Será mentira?
 ¿La eternidad! ¡La eternidad me espanta!”

He aquí cómo, venciendo
 Una tras otra sus antiguas dudas,
 Ya serenada casi la tormenta,
 Se alza esta duda siendo
 Fuente abundosa de congojas rudas
 Que allá en su pobre corazon revienta.
 Cierta mañana intenta,
 Por mitigar su angustia,
 Salir el monje á los vecinos prados:
 Vedle cuál va por el sendero amigo
 Con los brazos cruzados,
 Inclineda hácia el pecho la faz mustia,
 Llevando siempre su dolor consigo.
 Era la alegre hora
 En que, asomando tras cortadas nieblas,
 Disipa ya las últimas tinieblas
 De la noche sombría
 La deseada aurora,

Tierna amante del sol, madre del día.
 Bañan sus rayos puros
 Con luz rosada el campanario altivo,
 Las puertas santas y los pardos muros
 Del convento de Olmutz, y allá á lo lejos
 Brillan con sus reflejos
 El alto roble y el copado olivo.
 Pone sus tristes ojos
 El monje en el variado panorama
 Que en derredor naturaleza ostenta
 Del sol de Mayo á la brillante llama.
 Oye el dulce concierto de las aves,
 Oye el rumor del ondeante río,
 Siente las alas de la brisa puras,
 Y no acierta á romper las ligaduras
 Con que le oprime su incesante hastío.
 Esos robustos árboles, el manto
 Siempre azul de los cielos,
 De las aves alígeras el canto
 Y de la niebla los bordados velos
 Con que se visten los profundos valles,
 Y la sin par belleza
 Con que en sus mas recónditos detalles
 Aparece al mortal naturaleza,
 Perdieron para el monje todo encanto.
 ¡Ay! en aquella hora
 ¡Cuánto se acuerda, cuánto
 De los felices pasajeros días

En que todo propicio,
 Manantial de perpetuas alegrías
 Era á su corazón, cuando novicio!
 Los intrincados bosques, las corrientes
 De agua pura escondida, la flor bella,
 Los olorosos frutos que en Octubre,
 De la rama pendientes,
 Do quiera el ojo atónito descubre,
 ¡Qué placer en el ánima ponían!
 Mas ¡ay! que el veloz tiempo en su carrera
 La novedad se lleva de las cosas;
 Desaparece la beldad primera
 De aquellas que creímos
 Eternamente hermosas;
 Y al oído y la vista, en fuerza acaso
 De la odiosa costumbre,
 Ronco á ser llega el cántico del ave
 Y pálida del sol la viva lumbre.
 Y si aquesto acaece en nuestros años
 Breves y pasajeros,
 ¡Qué habrá de ser allá en la eterna vida,
 Ni cómo á un mismo favorable goce
 Habrá de mantenerse el alma asida?
 ¡Cómo no ha de acosar insomne hastío
 Al justo en las mansiones do le guardas
 Por una inmensa eternidad, Dios mio?

III

Continuacion del paseo del monje.—El canto del ave.

¡Triste del monje Alfeo
Que en tales reflexiones abismado
Prosigue solitario su paseo,
Por el oscuro bosque deja el prado;
Deja tras sí las conocidas sendas,
De vista pierde el campanario altivo,
Y sin objeto y al azar camina
Por la selva vecina,
Muerto á la fe y á sus dolores vivo!

Mas hubo de internarse por lugares
Que acaso nunca visitó: á los lados
De la vereda que transita el monje,
Pinos gigantes, cedros seculares
Alzarse vió, y á sus robustos troncos
Enlazarse la hiedra enamorada,
Y sus hojas tupidas
Tejer fresca enramada
Al insecto y las aves escondidas.
El sonoro arroyuelo
Que allá discurre por la verde alfombra
Del árbol se oscurece con la sombra,

O bien su espejo claro presta al cielo.
Pero ¿dónde belleza igual habria
A la de aquellas flores
Que en su estension la selva contenia?
¿Dónde colores hay cual sus colores?
¿Dónde perfumes hay cual su perfume
Que vuela en alas de la brisa amiga
Y al encantado Alfeo
Presta nuevo vigor y no le hostiga?
Jamás lo que antes viera
Le pareció tan bello: su mirada
Del monte á la pradera
Discurre estasiada,
Y, por gozar mejor de aquel contento,
Sobre roca de musgo tapizada
El entusiasta monje toma asiento.

.....
Y de la copa de árbol vecino
Eleva un ave sonoro trino:
Llena las selvas su grato acento;
Por donde quiera repite el viento
La dulce voz;
Cara á las almas cual la memoria
Del bien perdido, cual la esperanza
De goces puros que allá en la gloria
Tan solo el justo varon alcanza,
Dados por Dios.

No; ni el suspiro de tierno infante
 Cuando tranquilo duerme en su cuna,
 Ni el són del remo sobre el brillante
 Plácido espejo de la laguna
 Pueden llegar
 A lo suave de aquel sonido,
 De los mortales jamas oído
 En bosque ó prado, valle ni loma,
 Y que adormece como el aroma
 Del azahar.

No hay voz humana ni melodía
 Que con sus notas conmueva tanto
 Como las notas que oír hacia
 El ave aquella, siguiendo el canto
 Que comenzó.
 Ciencia y virtudes, dicha sin tasa
 Recibe el hombre que, por ventura,
 El linde santo del bosque pasa
 Y oye asombrado la igual dulzura
 De aquella voz.

Ninguno empero; tan solo Alfeo
 La oyó, sentado sobre la peña:
 Ni sabe el monje si, en su deseo,
 Tamaña dicha su mente sueña.
 ¡ Monje feliz!
 Él no se cansa de oír al ave

Si bien el canto divino dura;
 Y abre sus labios el monje grave
 Y en suplicante tono murmura,
 Mirando al ave que vuela esquiva:
 “Mientras yo viva
 Cántame así!”

.....

“¡Cielos!—clamó, como al volver de un sueño
 Breve y dichoso, el monje—¿qué me pasa?
 ¿Por qué el canto cesó? ¿Qué canto es este
 Que al alma torna la quietud perdida,
 Y que con gusto sin igual oyera
 Hasta el último aliento de mi vida?”
 Alzase de la roca donde estuvo
 Sentado, y luego advierte
 Que de sus miembros, vigorosos antes,
 La fuerza varonil huyó de suerte
 Que sus piernas flaquean
 Y en sustentar el cuerpo mal se emplean.
 Con pasos vacilantes,
 La vista oscura ya, tardo el oído,
 En su nudoso báculo apoyado,
 Y el ánimo con sueños distraído;
 Despues de haber errado
 Por las diversas intrincadas sendas
 De aquel sitio encantado
 En donde oyó del ave el dulce acento,

Donde aspiró tan peregrino aroma,
El religioso toma,
No sin trabajo, el rumbo del convento.

Pero ¡gran maravilla!
Del sendero que sigue silencioso
Vió en una y otra orilla,
Al salir del convento en la mañana,
Arbustos pequeñuelos,
Y se han trocado en árboles frondosos
Cuyas cimas ya tocan á los cielos.
En un recodo del sendero, mana
De peñascos musgosos
Para el varon desconocida fuente;
Sobre el arroyo está que della nace,
Edificado un puente:
Rebaño de blanquísimas ovejas
Cerca del agua cristalina pace,
Y el pastor que las cuida
Al viento da las melodiosas quejas
De su flauta sentida.
Viendo al monje, suspende
La grata ocupacion y luego esclama
Interrogando á los demas pastores:
“¿Este monje quién es? ¿Cómo se llama?”
—“Es de Olmutz” le contestan; pero nadie
Al religioso anciano ha conocido,
Aunque al convento acuden dia por dia

Todos, y el nombre tienen
De los monjes de Olmutz muy bien sabido.

IV

*Vuelve Alfeo al convento.—Su desengaño.—
Su muerte.*

De una en otra sorpresa
Camina el monje, de inquietudes vivas
Su acongojado espíritu hecho presa.
A la pradera sale
Que de la antigua iglesia al pié se estiende,
Y allí ¡doble misterio!
Luego hiere su vista y le sorprende
La nueva faz del santo monasterio.
De dobles dimensiones
La iglesia es ya, y en su redor se elevan
Modernas construcciones.
Los árboles pequeños han crecido,
Bañado el pié por arroyuelos mansos
Que aguas brillantes y sonoras llevan,
Gusto dando á la vista y al oído.
Ni siquiera existia
En el mismo lugar do estuvo siempre
La oscura aunque espaciosa portería.

Cuando el anciano halló la nueva entrada
 Y llamó suavemente,
 No sin notar que la campana era
 De metal diferente,
 Apareció desconocido lego
 Que la verja de hierro abrió ligera.
 — ¡Qué es del portero Antonio! dijo luego
 El monje anciano con temor y angustia.
 Y, atónito mirándole, contesta
 El lego entre confuso y altanero:
 — ¡Qué decís! ¡Buena es esta!
 Jamás he conocido tal portero.
 — ¡Cielos! prorumpe estupefacto el monje:
 ¿El convento de Olmutz no es éste acaso?
 ¿No salí de mi celda esta mañana?
 — Cinco años hace que conservo el puesto
 En que me hallais, replica
 El lego, y no ví monje que tuviera
 Semejanza con vos grande ni chica.

Pálpase Alfeo la abrasada frente,
 Lleva asombrado en derredor los ojos:
 Ve que pausadamente,
 La cabeza cubierta
 Con la capucha parda, sus hermanos
 El silencioso claustro recorrian:
 Él á llamarles por su nombre acierta;
 Mas ¡ay! esfuerzos vanos!

Porque ellos á su voz no respondian.
 Corre hácia donde están, y de uno en uno
 Vióles la faz y conoció á ninguno,
 Y esclama entonces: “¡Qué portento es este?
 ¡Por compasion miradme, hermanos míos!
 ¡Nadie me ha conocido antes de ahora?
 ¡Nadie se acuerda del hermano Alfeo!”
 Al oír este nombre, un monje anciano,
 El mas viejo de todos, dice: “Creo
 Que hubo un tiempo en el claustro sabio hermano
 Que se llamaba así: se complacia
 En frecuentar la soledad augusta
 De los vecinos bosques; era bueno
 Y querido de todos; mas un dia
 Salió del monasterio, cual solia,
 A vagar por el campo, de la aurora
 A los dulces reflejos;
 Nadie á verle tornó; su fin se ignora:
 Esto he oído contar á los mas viejos.”

Oyendo tal discurso
 Alfeo, lanza penetrante grito,
 Las manos cruza y, prosternado en tierra,
 Así exclamó con ánimo contrito:
 “¡Oh Dios piadoso que mostrar quisiste
 A mi espíritu flaco sus errores,
 Cuando enojado viste
 Que comparó las inmortales flores

De tu gloria infinita
Con las flores del mundo pasajeras
Que ajan los años y el dolor marchita!
Todo un siglo he pasado
Del santo paraíso al ave oyendo
Dulcísima y canora,
Y lo que á grato sueño fuí entregado
Estáme pareciendo
Que fué solo una hora!
¡Señor, te apiada de las culpas mias!
Lo que valen comprendo
De tu mansion las santas alegrías.”

Dijo esto el monje y estendió los brazos
En direccion del cielo
Y, ya al romperse los vitales lazos,
Sus labios, yertos casi,
En señal de humildad puso en el suelo.
Quedó luego tendido el cuerpo inerte;
Mas el ánima al cielo se levanta,
Y oye al ave que canta
Por una eternidad.... ¡Dichosa muerte!